

Está el recinto en el cerro de «La Merced» y así hemos denominado a éste. Su finalidad es claramente la de controlar el paso obligado de Cabra hacia Priego, Alcalá la Real y Granada. Es considerable la distancia entre los recintos del camino hacia Nueva Carteya y el de «El Chifle» y más aún del de «La Merced», si bien hemos visto restos de otro recinto intermedio en la margen derecha de la carretera que va de Cabra a Doña Mencía, en la finca de «Juan de Escama» que, pensamos, podría tratarse de otro jalón en esta red de recintos y fortalezas defensivas.

El recinto de «La Merced» tiene perfectamente conservados sus lados sur y oeste que miden 19'50 mts. cada uno; del lado norte se conservan en perfecto estado 12 mts. y no se conserva prácticamente nada del lado este; tampoco se pueden ver los apoyos del parámetro en la roca madre por estar enterrados. En la fig. 1 se puede ver un detalle de la muralla en su lado norte donde se observa perfectamente la alternancia de hiladas altas y bajas. Para lograr la fotografía hubimos de talar la gran vegetación de gayombas que son frecuentes en este monte, como se puede apreciar. Los sillares, sin ser de las dimensiones de los de «El Caserón del Portillo», son de 1'30 x 0'92 x 0'40. En la parte alta del recinto se observa una entrada entre dos bastiones, donde aparecieron abundantes restos de cerámica muy interesantes, restos de vasijas, una de ellas totalmente completa, como podemos apreciar en la fig. 2, con bandas rojas y rosadas y a veces entrelazadas de rayas rojas, dibujos típicos de la cerámica ibérica, que se pueden fechar en el siglo III a. C., pues, aunque las escuelas de cerámica ibérica deben empezar hacia el siglo IV a. C., suelen llegar hasta la época romana y a veces hasta han aparecido monedas romanas dentro de un vaso ibérico.

Julián GARCIA GARCIA

*

JUAN BERNIER CRITICO, PROSISTA Y TRADUCTOR

La rica personalidad de Juan Bernier proyectóse sobre múltiples facetas artísticas, científicas y literarias, convirtiéndose en un auténtico humanista de la Córdoba del siglo XX.

Verdadero ideólogo del grupo «Cántico», supo vislumbrar el rico veneno lírico de sus compañeros de generación. Su autoridad y magisterio influyeron poderosamente en poetas como Mario López, que acentuó las notas populares de su creación henchida de amor al paisaje, a la campiña y a los olivos que circundan su Bujalance natal.

Juan Bernier juzgó la obra literaria sin acritud, aplicando en sus justas y exactas apreciaciones la técnica que había preconizado el gran crítico francés Saint Beuve: visión dogmática e historicista de la obra analizada, enriquecida con una introspección impresionista, propia del artista que funde su alma con la del creador en una maravillosa síntesis de recreación estética.

Juan Bernier, hombre de amplísima cultura, moldeó su espíritu con las normativas líricas derivadas de las escuelas parnasianas y simbolistas, que tanto influirían en Rubén Darío y en los poetas del 27. Sus conocimientos sobre literatura sorprendían muy positivamente al profesional, que se rendía ante el magisterio de aquel hombre sencillo y tremendamente humano.

Verdadero pionero del grupo «Cántico» con Pablo García Baena y Ricardo Molina, poeta de altísimo vuelo e investigador incansable de los más importantes yacimientos arqueológicos de la provincia, Juan Bernier ha sido el artista creador de una obra que perdurará en el recuerdo de todos, como modelo de perfección técnica y proyección personal. Sin embargo, muy pocos se han detenido a considerar la altísima calidad de su prosa y su labor como traductor de poetas foráneos, a los que supo insuflar su verdadero espíritu al verter las obras al español.

En Juan Bernier no hay separación ni distinción entre prosa y verso. Ambas manifestaciones constituían en sus producciones auténticas muestras de poesía, según la acertada exposición de Juan Rey, para quien el ideal del poeta y del prosista debe ser crear belleza y producir en el lector la más intensa emoción estética.

En Juan Bernier prosa y verso se dan la mano en un noble desafío de proyección lírica e interiorización espiritual. Aquella fluye mansamente, adornada de sugerentes figuras retóricas y engalanada con el ropaje poético que sólo persigue la belleza, como reflejo del orden, de la verdad y de la bondad, según la feliz definición que pergeñara Santo Tomás de Aquino: «splendor ordinis, splendor veritatis, splendor bonitatis».

El verso de Juan Bernier, majestuoso en su estructura versicular, es el fiel exponente del susurro existencial y de su apasionada vitalismo que se proyecta sobre un paisaje siempre sensual y caliente, donde la tierra es genésica y llena de portentosa voluptuosidad. Poeta metafísico, angustiado en múltiples ocasiones, y siempre fiel al orbe circundante, que transfigura y convierte en auténtica realidad con su lenguaje tenso y directo, sincero y humano.

También destacó, sobremanera, el autor de «Aquí en la tierra» en las traducciones de poetas extranjeros, plasmando en español el pensamiento del original con la máxima corrección y propiedad, como hicieron Fray Luis de León y Ramón Pérez de Ayala.

En el número de diciembre de 1947 de la revista «Cántico», Juan Bernier vierte al español seis sonetos de la poetisa portuguesa Florbela Espanca: «Toda la noche...», «Ser poeta...», «Horas muertas...» y «Yo quería...», «Un sueño alado...» y «Mi amor, amado mío...».

Florbela Espanca, escasamente conocida en los ambientes literarios portugueses antes del suicidio que segaría su corta vida, sólo contaba 35 años, alcanzó una inmediata, entusiasta y reparadora celebridad, convirtiéndose en la mayor poetisa, quizás, de las letras lusitanas de todos los tiempos. Con carácter póstumo aparecieron (1931) la colección de cuarenta y seis sonetos «Brezo en Flor», el tomo de poesías «Reliquiae», el de cuentos «Máscaras del destino», el volumen «Juvenalia», su epistolario (Cartas) y nuevos cuentos en un segundo libro titulado «Dominó negro». Personalidad contradictoria e inquieta, Florbela Espanca supo llevar al soneto nuevos matices de insaciable y apasionada femineidad, de resignado narcisismo y de universal capacidad de compenetración con los objetos y el paisaje.

Juan Bernier supo apreciar las principales características de la lírica de la poetisa portuguesa: «Su poesía —decía— tiene un valor más alto que éste de desnudar en maravillosos versos su desolación y angustia. Toda ella está impregnada de un aliento que podríamos llamar metafísico, de una inspiración ultraterrena».

La capacidad traductora de Juan Bernier alcanza cotas difícilmente superables cuando estudia la obra de la poetisa portuguesa, con la que tiene cierta comunidad de ideas y pensamientos. La poesía metafísica y de angustia del autor de «Canto del

Sur» encuentra amplio eco en algunos sonetos de «Brezo en Flor», donde convergen el existencialismo, la metafísica y un fuerte desasosiego vital que alumbran una cosmovisión especial, compensada siempre con una desbordada sensualidad y un lenguaje que no quiere nunca olvidar que el arte aspira siempre a ser materia artística, según preconizara Teófilo Gauthier.

José M^a OCAÑA VERGARA

*

EL PROFESOR JUAN BERNIER QUE YO CONOCI

Corría el año 1968 y en los albores de mi ejercicio profesional fui destinado a la entonces Escuela Normal de Córdoba, que estrenaba por aquellos días edificio, por cierto nada adecuado a su función, en el barrio del Sector Sur.

En el Colegio de Prácticas «San Juan de la Cruz», anejo a la entrañable Normal, ejercía como profesor, de los llamados «anejistas», un hombre ya en aquellos tiempos ilustre por su pluma hecha versos y por sus andanzas impregnadas de arqueología provincial que se llamaba Juan Bernier Luque.

Supe de él que fue amigo de mi padre desde su infancia, que ambos estudiaron juntos la carrera de Magisterio y que nuestras respectivas familias habían estado relacionadas, por razones topográficas y viajeras, desde mucho tiempo atrás.

Supe de él que era abogado, profesión por la que no sentía la más mínima vocación, si bien su estudio le había proporcionado una profunda formación humanística y una amplia y certera visión de las gentes y de su entorno más próximo, como diría Ortega y Gasset.

Supe de él que era académico y que entendía lo académico en el más claro sentido unamuniano y un articulista de prensa que cosechaba por ello unas escasas monedas y no pocos sinsabores.

Y todo lo supe por sus propias confesiones, en largas charlas y paseos por el arbolado patio de su colegio. Colegio en el que ejercía su labor docente, ciertamente tan poco vocacionado a ella como a la jurídica, pero a la que amaba como proporcionadora de su principal medio de vida. Por eso la ejercía con dignidad siempre y hasta con cierto entusiasmo a veces. Pude constatar a menudo que sus alumnos lo querían como a un padre y lo admiraban como a un sabio.

Otro tanto venía a ocurrir con los alumnos de la Escuela Normal que temporal o parcialmente asistían como aprendices a sus clases o realizaban con él las prácticas que la legislación del momento exigía.

Bernier fundamentaba sus principios pedagógicos en la tolerancia de quien se ve coronado de la sabiduría y es capaz de encauzarla hacia los demás. Por eso rechazó siempre, con humor y hasta con ironía, el autoritarismo en las aulas, aunque